

# Las cartas teresianas

Carmen Agulló Vives

Revista VALENCIA ESCOLAR,  
curso 1981-82, abril, nº 59, pág. 5

El epistolario de Santa Teresa es una obra sorprendente. Síntesis de todos los escritos teresianos, aunque ha llegado a nosotros en escasa muestra —se calcula que escribió unas quince mil cartas y de ellas se han conservado menos de quinientas—, es suficiente para comprobar que en estas cartas bulle la vida de la España del siglo XVI, vista a través de los ojos de una mujer excepcional, capaz de interesarse por los más variados asuntos y también de comunicarse por escrito con gentes de la más diversa condición, desde el Rey a la más humilde de sus monjas.

Teresa salta con la mayor facilidad, en la misma carta, de los temas espirituales a los materiales, de los serio a lo jocoso, de lo sublime a lo prosaico. Los datos que estos escritos nos proporcionan son de una precisión asombrosa, aunque la Santa se queje alguna vez de su mala memoria y de su “seso de fundadora”.

Sería interesante —y no es este el lugar— hacer un estudio detallado de los temas tratados en el epistolario.

Sin pretender con este apunte haber abordado el trabajo con rigor, queremos destacar, con breves ejemplos, algunos de los temas que más nos han llamado la atención.

Aquella mujer con espíritu de hierro y carne flaca se preocupaba constantemente por la salud de sus amigos y deudos. Y muchas veces proponía remedios para tal o cual enfermedad partiendo de su propia condición de mujer enferma: “Hasta que me escriban que está sin calentura, me tiene con mucho cuidado. Mire no sea ojo, que suele acaecer con sangres livianas. Yo —con haver tan poca ocasión— he pasado en esto mucho. El remedio era unos sahumerios con ervatun y culantro y cáscaras de huevos y un poco de aceite y poquito romero y un poco de alhucema, estando en la cama. Yo le digo que me tornava en mí.”

Mujer que se ha hecho célebre por aquello de que entre los pucheros anda el Señor, no podía dejar de aludir en sus cartas a temas de alimentación que hacen las delicias de los aficionados al arte culinario: “Los pavos vengan, pues tiene tantos.” “Unos membrillos le envío —para que la su ama se los haga en conserva y coma después de comer— y una caja de mermelada...”. “El atún enviaron la semana pasada de Malagón y estaba harto bueno, bien nos ha sabido.”

¿Y qué decir de los comentarios en asuntos de dinero? Teresa habla de préstamos, de intereses, de valor de fincas rústicas y urbanas:

“Si tiene por allá quien me preste algunos reales (no los quiero dados sino mientras me pagan de los que mi hermano me dio, que ya dicen están cobrados), porque no llevo blanca...” “Harto me he holgado con lo del alcabala, porque mi hermano ha comprado a La Serna -que es un término redondo que está cerca de Ávila- muy buena cosa de hierba y pan de renta y monte y da catorce mil ducados por ello; y como él no tenía tanto dinero ahora...”

Nuestra escritora salpica sus cartas de consejos y consideraciones espirituales de la más honda doctrina:

“Una vez leí en un libro que el premio de los trabajos es el amor de Dios. Por tan precioso precio, ¿quién no los amará? Ansí suplico yo a vuestra señoría lo haga y mire que se acaba todo presto, y váyase desasiendo de todas las cosas que no han de durar para siempre.” “Yo creo que no está más ruín, aunque le parece que sí. El confesarse a menudo le pido por amor de Dios y de mí. Él sea con ella, amén.”

Su inteligencia le hace reflexionar a veces sobre las incomprensiones, tan humanas, de las que no se libró:

“...me estoy todavía aquí, aunque no con intento de quedar siempre en esta casa sino hasta que pase el invierno, porque no me entiendo con la gente de el Andalucía.” “De lo demás, mejor me contentan los de esa tierra, que con los de esta no me entiendo mucho.”

Encantador el cuidado que pone en interesarse por las cosas de sus familiares y amigos que le han sido encomendadas. Sirva de ejemplo la preocupación por unas alhajas de su sobrina Teresica que se habían extraviado en no sé qué viaje:

“Ahí escribe Teresa. El agnusdei y sortijas parecieron, gloria a Dios, que me dio cuidado al principio.”

No aludimos antes al tema permanente de las cartas, el de las fundaciones y sus mil peripecias, por considerarlo de todos sabido. Sirva, para terminar, una pequeña muestra en relación con la casa de Salamanca:

“La licencia del obispo siempre estará cierta. Sin eso, no estoy tampoco muy confiada de ser gran negociador el señor don Teotonio; de que tiene gran voluntad, sí; posibilidad, poca.

Ya aguardava a estar allá para bullir ese negocio, que soy una gran baratona (si no, dígalo mi amigo Valdemoro), porque no querría que se dejase de hacer por no acertar en los términos, que aquella casa es lo que mucho he deseado y ésa.”